

Como si tal cosa...

Artinata De Arena



Image not found.

Capítulo 1

Como si tal cosa.

Como si fuera lo más normal del mundo. Me he entregado por completo, como si tal cosa. Como si para mi fuese facil librarme de las ataduras y liberarme ante cualquiera que se apriete muy fuerte contra mí.

Y el caso es que fue así de facil. Con Enrique (con quién si no). Él ha sido desde siempre mi referente en lo que respecta a lo que debe ser un hombre. Atento, servicial, buena persona... y por qué no decirlo: atractivo. Mi madre lo conoció nada más separarse de mi padre. Eran tiempos confusos aquellos. Yo acababa de empezar en el instituto y era un cúmulo de inseguridades y miedos. Él me ayudo a superarlos; me dió fuerzas cuando los horarios, exámenes, o compañeros me las quitaban. Gracias a él supe que me gustaba la danza (me apuntó a clases a pesar de mi resistencia); también que era buena en atletismo, y que, tras toda esa timidez y complejos, era guapa detras de mis enormes gafotas (considerar solo la idea siempre supuso para mi una estupidez). También me ayudó con mi predisposición a no fiarme de los demás. Era muy uraña, para qué lo vamos a negar... Pero gracias a su paciencia y consejos pude llegar a domar a esa fiera solitaria que habitaba en mi interior.

Pues bien... ¿Con quién sino iba a tener mi primera experiencia sexual?

Recuerdo que acababa de cumplir los veinte. Era ya toda una mujer adulta, o por lo menos así me gustaba considerarme, a pesar de mis numerosas rabietas de malcriada (lo reconozco). En aquellos tiempos navideños siempre nos asaltaba la misma discusión: Saber donde ibamos a pasar las vacaciones de fin de año. Mi madre y yo siempre queriamos quedarnos en la ciudad, al lado de mis abuelos y primos; Pero Quique (así le gustaba que le llamara), siempre quería viajar a la casa de campo de su familia. Un lugar apartado de la mano de Dios en mitad de la llanura extremeña.

Pues bien, ese año ganó él. Y lo cierto es que no lo pasé nada mal. Al mismo llegar nos dio la bienvenida una comitiva del pueblo cercano, con una opulenta cena cargada de buenas carnes y potente vino extremeño. Ni qué decir tiene que me mareé un poco con ese oscuro y aromático licor.

Ya de vuelta a la casona, Quique nos propuso subir a la azotea a ver las "Úrsidas", una lluvia de estrellas que, según él (perdón por mi ignorancia) siempre ocurría a finales de año. Debo admitir que, a pesar de su entusiasmo (no paró de ofrecernos el telescopio para que oteáramos el oscuro cielo), ninguna de las dos le dimos demasiado crédito a su hobby, perdidas como estábamos en nuestros respectivos teléfonos móviles.

— ¡Estoy harto de vuestros aparatitos! — nos dijo, perdida ya su paciencia. Aquello provocó nuestras risas, y que empezáramos a tomarnos a chufas su pasión, jugando al juego de lanzarle papelitos mientras él continuaba, pese a todo, intentando atisbar sus ansiadas estrellas.

Mi madre finalmente claudicó. El vino había hecho estragos en su conciencia, y envuelta en su manta se retiró a la habitación contigua. Allí nos quedamos Quique y yo, en una cómoda pero intrigante velada.

Lo cierto es que, a pesar de mi edad, y de que la mayoría de chicas de mi edad sufrieran lo que se denomina vulgarmente como "S.V.E." (síndrome vaginal efervescente), yo nunca había desarrollado un excesivo apego a chicos y lo que conlleva. No más que lo que puede llamarse una simple curiosidad por sus atributos, que internet con su wikipedia podía saciar.

Por eso me sorprendí a mi misma examinando el paquete de mi padrastro, que desde dentro del deportivo pantalón insinuaba su conocida forma fálica. Lo cierto es que mi mente comenzó a elucubrar por primera vez lo que parecía un boceto de una cita sexual con un hombre, en aquella ocasión con un hombre de mi propia familia.

Lo cierto es que mojé un poco mis bragas.

Opté por la opción más juiciosa (no sé si correcta), que no fué otra que

abandonar allí al objeto de mis fantasías e irme a dormir.

— Hasta mañana —. Le dije fingiendo un bostezo que no venía a cuento. En ese momento abandonó su puesto de vigía y se acercó para darme dos besos de buenas noches. La proximidad y el calor de su aliento tan cerca me turbó un poco los sentidos.

— Tienes la cara super-fría —. Me dijo, reteniendome para darme calor entre sus brazos y la manta. Fue ahí cuando comencé a mojarme de veras. Yo correspondí su abrazo, notando para mí su olor y el calor de su cuerpo tan pegado al mio. Fue una de las sensaciones más agradables que he experimentado a lo largo de mi vida.

Esa noche pensé en masturbarme. Nunca lo había hecho tal cual se relata en los manuales de masturbación (si es que existe alguno). No llegué a pasar de la antesala del climax de sensaciones que acontecen cuando te aprietas demasiado contra una superficie dura, o quizá el roce con el agua a presión de la pera de la ducha. Lo cierto es que la hinchazón que experimentaba ahí abajo invitaba a ello. Pero al final no lo hice. Me imponían mucho esos temas. Pensaba quizá, que al hacerlo hasta el final dejaría de ser virgen, o algo parecido.

La ignorancia me superaba.

Fue al día siguiente cuando Quique nos sorprendió con una excursión a bici por los montes cercanos. Tras prepararnos un opulento desayuno nos dispusimos a salir a pedalear. Yo aún conservaba la excitación de la noche anterior, y al ajustarme las mallas de ciclista mi vagina comenzó a palpar. Mi madre también iba vestida como yo, y Quique con un ajustado maillot que dejaba adivinar todo su paquete orientado hacia la izquierda.

— “Ya sé para donde cargas” —. pensé entre risas.

La partida hacia los bosques fue muy amena. Nos partimos de risa una y otra vez ante las dificultades del camino. Hacia medio día hicimos un alto en lo alto de un peñón, lugar con una vistas privilegiadas.

— Desde aquí puede verse hasta la capital —. Nos dijo orgulloso mientras nosotras no le hacíamos el menor caso, centradas en dar buena cuenta de los bocadillos y el zumo que llevábamos en las mochilas.

Mi madre le preguntó de qué era el delicioso zumo que nos había

preparado, y este sonrió pícaro haciendo una pausa desconcertante.

— Es una mezcla secreta... afrodisiaca—. Aseguró ante nuestra sorpresa.

— ¿Y le das esto a la niña? ¡Anda que vaya un talento que tienes! —. Le regañó mi madre sin creerse demasiado la acción de aquel inocente zumo multifrutas.

Minutos más tarde, ya en travesía, no sé si inducida por sus palabras, o por el hecho de que funcionara de veras, desarrollé una palpitación en mi bajo vientre que, unida a la hinchazón que ya venía arrastrando me llevó al primer verdadero orgasmo de mi vida. Y eso sin bajarme de la bicicleta.

Cuando Quique se percató de que me había quedado rezagada volvió a por mi.

Me descubrió sentada en un recodo del camino junto a la bici, apurada y con las gafas resbalando por mi nariz sudorosa. Quizá fué consciente de lo que me ocurría al acercarse, dado mi rostro pálido y mi respiración agitada.

— ¿Qué te pasa? —. Preguntó.

— Nada, nada. Estoy cansada —. Le aseguré incorporandome con cuidado para que no viera la humedad en mis mallas.

— Debe haberte dado una "pájara" — aseguró volviendo a levantar mi bicicleta —. Es normal. No estás acostumbrada al ejercicio físico.

Quique me miró con una sonrisa siniestra que yo le correspondí con otra inocente. No sabía a ciencia cierta a qué se estaba refiriendo.

— Volvamos. Tu madre debe estar preocupada — me dijo.

Volvimos sí. Y también volvió con nosotros el continuo coqueteo encubierto por mi vergüenza. De vez en cuando le espiaba, descubriéndome a mi misma apretando mi vagina contra los muebles, o mi propia mano. Sentía un morbo increíble hacia él; muy lejos de la simple curiosidad que sentía hasta entonces, cuando solo era el "novio" de mi madre. Le observaba hablar, moverse y dirigirme fugaces miradas que la vergüenza me obligaba a esquivar.

Esa noche les escuché hacer el amor y fue tal el deseo en mi que no dudé en espiarles desde el otro lado de la pared. Con la oreja pegada al antiguo papel pintado (a modo de los indios), percibí los continuos movimientos

de los cuerpos, el entrechocar de ambos, los fluidos... Me toqué. Y aunque conocía la técnica, el climax no llegaba. Pensé que quizás debía tener más paciencia, o estar más concentrada. Lo cierto es que no logré alcanzarles en sus respectivos orgasmos, que se dejaron oír desde el otro lado de la pared como gemidos ahogados.

Fue al anochecer del tercer día cuando ocurrió. En la carrera de Bellas Artes siempre nos alentaban a desarrollar nuestra creatividad con todo aquello que encontráramos a mano, y en el garaje abandonado de Quique encontré algo que mi mente transformó en materia prima para adornos navideños.

Cuando mi madre me descubrió entretenida recortando corcho y pegandolo me preguntó que era lo que hacía.

— Un belén, mami. Ésta casa está muy falta de espíritu navideño.

Horas después llegó Quique, y se sorprendió mucho al descubrir sobre el aparador del comedor aquel elaborado desplegable de figuritas y casas de Galilea.

— ¡Está genial! —. Exclamó abrazandome por la espalda.

— Gracias — le dije sin poder contener un suspiro al notar su cuerpo pegado al mio.

El contacto físico entre nosotros se estaba convirtiendo en algo habitual que yo agradecía en cada ocasión. Y esa no fué menos. Recordaba como antes sus señales de afecto terminaban nada más empezar, pero ahora estábamos más unidos. Se había creado entre nosotros una especie de simbiosis afectiva que rozaba lo sexual (a pesar de la relación de Quique con mi madre).

Me dejé abrazar, y más aún: lo atraje hacia mí. Mis pantalones vaqueros ardian contra la presión que ejercía mi padrastro rozandose con mi retaguardia.

Moví el culo una y otra vez, adelante y atrás. Arriba y abajo. Simulando sin querer el coito que deseaba tener desde hacía años.

Quique no se movió. Siguió abrazado a mi espalda, aferrando mis hombros con sus cálidas manos que, juraría sudaban.

Yo continué frotando lentamente mi trasero contra su forma fálica que comenzó a endurecerse aún más. —“Oh, Dios, Lo deseaba tanto... Deseaba tanto tener ese trozo de determinación dentro de mi

consentimiento...” —. Desde allí no alcanzaba a ver su cara, pero presumí que estaría tan sorprendido como excitado. Como estaba yo misma ante mis acciones.

Noté como su mano derecha iba tímidamente deslizándose hacia mi pecho izquierdo. No quería que acabara nunca ese momento. Lo aferró entre sus manos suaves. Lo acarició y yo quise morir. Él apreció mi excitación empujando levemente sus ganas contra mi cuerpo, aprisionado entre el aparador y el suyo.

Frotaba, y cuanto más frotaba yo más me deshacía. ¿Era esto sexo? A esas alturas aún no lo sabía. Solo disfrutaba, y el mundo ya no existía. Él ya no era mi padrastro, sino mi hombre. Y yo era su mujer, y necesitaba ser follada. Lo ansiaba y todo lo demás era irrelevante. Nuestra ropa era irrelevante, y quise quitarmela toda. Aparecer ante él como la mujer que era, haciéndole olvidar aquella niña que conoció hace años, aquella que ya desapareció.

—“¡Hazmelo, por Dios!” — pensé con fuerza, esperando quizá que nuestras mentes realizaran alguna especie de simbiosis y se unieran, siendo conscientes de lo que necesitaban ambas.

El orgasmo llegaba en un tren de cercanías. Llegó lentamente apretado con las aristas de madera de los cajones del aparador. Mi pequeño botón del placer estaba pegado a ellos. Incandescente y palpitante.

Y finalmente explotó.

Quique también lo hizo, y un calor extraño en mi retaguardia me hizo ser consciente de que había hecho irse a mi padrastro.

— ¿Qué estais haciendo? — Nos sorprendió una voz congelando la sangre en nuestras venas.

Ambos disimulamos.

Yo recogí parte del belén entre mis brazos y me lo llevé no sé a donde. Desde el pasillo escuché a Quique mientras se excusaba. Le dijo que observaba las figuritas; que yo era una artista y que estaba sorprendido de aquello que había hecho solo con el corcho de la basura.

Nunca supe si mi madre terminó de creerse aquello.